

—¡Ahora! ¡Ahora! — gritaba la reina —. ¡Más rápido! ¡Más rápido!

Y tan rápido iban, que al final, casi era un vuelo y sus pies no tocaban tierra. De repente, cuando ya Alicia se sentía casi asfixiar, se detuvieron. La niña se encontró sentada en el suelo, aturdida y sin aliento. La reina ayudóla a reclinarse contra un árbol.

—Puedes descansar un poco — le dijo.

Alicia miró con sorpresa a su alrededor.

—¡Cómo! — exclamó —. Parece que no nos hemos movido de debajo de este árbol. Está todo en el mismo sitio.

—¡Claro que sí! — repuso la reina —. ¿Y qué querías?

—No sé — contestó Alicia con la respiración entrecortada —. En nuestro país nos hallaríamos en otra parte si hubiésemos corrido de esta manera.

—¡País bien lerdo, por cierto! — dijo la reina con tono compasivo —. Aquí, ya lo ves, corre una todo lo más rápido que puede, para hallarse en el mismo lugar. Si quieres moverte de aquí, tienes que correr por lo menos con doble velocidad...

—¡Por favor! — suplicó Alicia con viveza a pesar de su cansancio —. Estoy más que satisfecha de estar donde estoy... Sólo que tengo un calor horroroso y una sed terrible.

—Ya sé lo que te hace falta — dijo la reina muy amablemente, y sacó una cajita del bolsillo —. Toma un bizcocho.

A Alicia le pareció poco galante rechazarlo, pues no era un bizcocho lo que ella necesitaba. Lo aceptó, y se lo comió como pudo, discurrendo que en su vida estuvo tan cerca de atragantarse, pues el tal bizcocho era más seco y duro que una piedra.

—Mientras descansas — dijo la reina — empezaré a medir.

Tras estas palabras, extrajo una cinta marcada por pulgadas y empezó a tomar medidas sobre el campo, en cuyo suelo y, de trecho en trecho, clavaba pequeñas estacas.

—A las dos yardas — dijo colocando un poste indicador — te daré instrucciones... ¿Quieres otro bizcocho?

—¡No, gracias! — repuso Alicia con rapidez —. Uno es bastante.

—Ya no tienes sed, ¿no?

Alicia no sabía qué responder, pero afortunadamente la reina no esperó contestación.

—A las tres yardas — prosiguió — las repetiré... por si las hubieses olvidado. A las cuatro te diré: «¡Adiós!» Y a las cinco te abandonaré.

Mientras tanto había terminado la colocación de todas las estacas. Alicia mirábala con gran interés. Al volver al árbol, empezaron a caminar lentamente sobre el tablero figurado.

Estaban en el límite de las dos yardas; la reina volvió la cabeza y dijo:

—Tú sabes que un peón puede correrse dos espacios en su primer movimiento. De modo que muy pronto podrás llegar al tercero... por ferrocarril, me parece... Y en un momento alcanzarás el cuarto. Ahora bien, este espacio pertenece a Tweedledum y Tweedledee... El quinto es casi todo agua... El sexto es propiedad de Humpty Dumpty... ¿Pero no haces ninguna observación?

—Yo... majestad..., yo no supuse que las tuviera que hacer, ahora...

—Tú — repuso la reina con tono de reproche — debieras decir: «Eres muy amable, majestad, al comunicarme todo esto». En fin, démoslo por dicho... El séptimo espacio es todo bosque...; mas no importa, uno